

## EL MAESTRO EN LA PEDAGOGIA DE SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE

Desde que Su Santidad el Papa Pío XII proclamó a San Juan Bautista de la Salle «celestes y principal patrono ante Dios de todos los maestros», se venía sintiendo un vacío en el campo de la literatura pedagógica. Nos faltaba una obra que recogiera de modo sistemático la doctrina que sobre el maestro ha ido sembrando el fundador de las Escuelas Cristianas en sus escritos pedagógicos y ascético-pedagógicos. Afortunadamente, el Hermano Carlos Alcalde Gómez ha venido a colmar esta laguna. Su obra, *El maestro en la pedagogía de San Juan Bautista de la Salle*, representa una valiosísima aportación. Es el primer intento que se ha realizado, al menos en castellano, para dar una visión completa de la obra y doctrina magistrales de San Juan Bautista de la Salle.

Divídese este voluminoso trabajo en dos partes claramente diferenciadas. La primera, de carácter predominantemente histórico, sitúa la obra y doctrina lasalianas en su contexto pedagógico. En ella se analizan el complejo mundo de las escuelas elementales (*petites écoles*) y de las escuelas de caridad contemporáneas de La Salle, así como la condición del maestro y del magisterio en el siglo XVII. Sigue un detenido estudio de los precursores inmediatos del santo en el campo de la educación popular, tales como César de Bus, San Pedro Fourier, Carlos Demia y Nicolás Barré. En capítulo especial, se presenta a La Salle incubando su vocación pedagógica: de modo inconsciente aún, en el Colegio «Des Bons-Enfants»; en el Seminario de San Sulpicio, después, y, por último, como discípulo y colaborador de Nicolás Roland. Hasta que la impericia del magister Adriano Nyel le fuerza definitivamente a constituirse en organizador de la escuela popular y, sobre todo, en formador de maestros.

Dentro de esta parte histórica, hay tres capítulos consagrados al estudio de las instituciones magistrales lasalianas: los Hermanos de las Escuelas Cristianas, los Seminarios de maestros urbanos y los Seminarios de maestros rurales. Aquí, como en el resto de la obra, el autor se manifiesta muy personal en sus apreciaciones, si bien no es menos cierto que justifica en todo momento sus puntos de vista, apoyándose en las fuentes con las que está en continuo contacto. Podría chocar, por ejemplo, la denominación de Seminarios de maestros urbanos con que designa lo que los primeros biógrafos de La Salle

llamaron Noviciados. Tal denominación tiene, sin embargo, su justificación. En ellos, en efecto, se atendía, al par que a la formación ascética del religioso, a la formación profesional del futuro maestro que dicho religioso estaba destinado a ser.

La segunda parte de la obra es, con mucho, la más importante en extensión e interés. Predomina en ella el elemento doctrinal. Estudia, casi de modo exhaustivo, el pensamiento magistral de La Salle, estructurándolo en torno a estas tres ideas rectoras: el concepto de maestro, el ser del maestro, el obrar del maestro.

Ocupa el maestro lugar preeminente en todo el sistema pedagógico lasaliano. Para La Salle, como para Manjón, Pío XI, Pío XII y cuantos pedagogos no vengán inficionados por las ideas extremosas o anárquicas de Rousseau y Tolstoi, encarnadas, con mayor o menor ortodoxia, en las distintas corrientes de la «educación nueva», el maestro es el alma de la escuela; el maestro forja la escuela. Además, cuando es maestro cristiano, con todo lo que esto significa en el orden ontológico y teleológico, goza de vocación «reservada» y «carismática». En su ministerio, es realizador de una acción santa; disfruta de cierta paternidad espiritual y sobrenatural respecto de sus discípulos; es delegado de la Iglesia y ángel custodio de los niños. Tiene una misión nobilísima: descubrir la verdad —toda la verdad; mas, sobre todo, la religiosa— a la mente de los niños. Ello le convierte en ministro y apóstol de Jesucristo. Tan excelsas prerrogativas deben crear en el maestro clara conciencia de la nobleza y dignidad de su misión: hacérsela apreciar y amar.

Nota característica del maestro lasaliano es el desinterés con que debe desempeñar su ministerio. Se manifiesta prácticamente en la renuncia a percibir retribución alguna por la enseñanza y en la obligación que se impone de renunciar a toda clase de regalos provenientes de los discípulos o de sus padres, lo cual tiene, al mismo tiempo, profundo sentido sicopedagógico. Pero este desinterés reviste formas mucho más sutiles y espirituales. El maestro ha de estar dispuesto, sin que amengüe por ello su celo apostólico, a verse privado del agradecimiento y del afecto que tiene derecho a esperar de sus discípulos y a abrazarse, incluso, gozosamente con las penas y sinsabores que surgen en el ministerio, procedentes, muchas veces, del torcido comportamiento de los propios educandos.

No es que La Salle niegue al maestro el derecho a disfrutar de ningún consuelo en el desempeño de la función educadora. La verdad es todo lo contrario. Nadie mejor que él ha descrito con exal-

tado entusiasmo las recompensas del educador apóstol. Pero dichas recompensas están precisamente en razón directa del desinterés magistral. Tienen carácter eminentemente espiritual y trascendente.

Corolario del desinterés del maestro es su dedicación total y exclusiva a la escuela, por la que da de mano a cualquier ocupación que no diga relación a ella directa o indirectamente. El principio lasaliano es tajante: «La escuela y los ejercicios de comunidad (creación y estudio) reclaman la persona y la actividad toda del maestro.» De ahí la estabilidad del maestro en su profesión. No se trata tan sólo de «llegar» a maestro, sino de «quedarse» en maestro, renunciando, alegre y conscientemente, a otras actividades más halagadoras y brillantes. Este mismo principio explica la laicidad del maestro lasaliano. Para «quedarse» en maestro y asegurar los sagrados intereses de los «artesanos» y de los «pobres», el maestro lasaliano renuncia al sacerdocio. Por idéntica razón, La Salle, en su tiempo, le impidió el acceso a los «estudios», entendiéndolo por «estudios» las humanidades y las lenguas clásicas. Dichos estudios, dada la mentalidad reinante en el siglo xvii, sólo le hubieran servido de ocasión para dejar la enseñanza elemental por la superior, con menoscabo de los supremos intereses de las clases desamparadas. Estamos ante un fenómeno de auténtica redención, que no ha podido realizarse sin la consiguiente inmolación del redentor.

El ser del maestro gira en torno a su preparación, enfocada en el aspecto espiritual, moral, intelectual y profesional o técnico. A su estudio se consagran, en la obra que presentamos, siete capítulos. En el primero, introductorio, se dilucidan algunos conceptos generales, tales como la importancia del elemento innato, de la vocación, para el acertado desempeño del magisterio; las ventajas de la vida comunitaria, tanto para la preparación del maestro como para el perfeccionamiento del que está ya en ejercicio; las cualidades básicas que deben existir, como punto de partida, en el futuro maestro, y que La Salle parece reducir a estas tres: piedad, talento y generosidad. Se esclarecen, por fin, otras facetas no menos interesantes del pensamiento magistral lasaliano: la edad mínima del maestro en el momento de comenzar el magisterio; su coeficiente regional; su diferenciación en urbanos y rurales.

Exige San Juan Bautista de la Salle que el maestro vaya al magisterio animado del espíritu de fe, el cual viene a constituir como el espíritu profesional del maestro lasaliano. Dicho espíritu perfecciona primariamente el «ser» del maestro, y se proyecta, consiguientemente,

en su «obrar» magistral. En él enciende y hunde sus raíces más profundas el espíritu de celo, el cual se encuentra, respecto de aquél, en la relación de efecto a causa. De ahí que sin el espíritu de fe, carezca de sentido la acción del maestro. Es sobrenaturalmente infecunda; muerta, dirá La Salle.

La formación espiritual del maestro, presupuesto el espíritu de fe, radica, fundamentalmente, en la conquista de la vida interior, dando a esta expresión el sentido restrictivo que se le atribuye en Teología Espiritual. El pensamiento de La Salle aparece aquí claro y ortodoxo. Si el maestro ha de ser primariamente apóstol y su labor un apostolado, su vida será alternancia de contemplación y acción, con predominio de la primera; si no en extensión, sí en aprecio e intención. Encaja también aquí la bella fórmula de Santo Tomás: «Contemplari, et contemplata aliis tradere.» En realidad, el «género de vida» del maestro lasaliano pertenece a la llamada «vida mixta», que es eso: conjugación de contemplación y acción, pero en la que ésta viene a ser como el desbordamiento de aquélla. La vida entera del maestro lasaliano se desarrolla, pues, en torno a estos dos núcleos: retiro (contemplación) y escuela (acción), uno y otra enfocados en la misma dirección: el apostolado.

La vida interior se nutre de los ejercicios espirituales, de la oración. Presenta la obra un largo estudio de la oración personal del maestro y de su proyección en el apostolado escolar. Desde el punto de vista pedagógico, la oración es, para La Salle, la mejor preparación inmediata para la escuela. Ella da al maestro seguridad en las verdades que va a exponer, sobre todo si son de orden sobrenatural. Por eso, no debe llevarlas (*tradere*) a la escuela sin antes haberlas meditado delante de Dios, para recibir de El como una especie de refrendo de cuanto se propone enseñar.

Intimamente relacionada con la oración se halla la práctica del examen y, sobre todo, el ejercicio de la presencia de Dios, que La Salle prescribe al maestro incluso en los lugares de más distracción. Con lo cual, parece postular para éste el ideal de la contemplación en la acción.

La formación moral del maestro, que persigue la consecución de las virtudes naturales y sobrenaturales, tiene, para La Salle, la santidad como meta, y es una exigencia de la autoridad magistral. Sólo la virtud «nada común», la santidad, del maestro, engendra la «autoridad existencial» o ascendiente, que es la que realmente acata el discípulo, le rinde, por decirlo así, y produce en él efectos perfectivos.

La Salle enumera las virtudes específicas del educador, que el Hermano Agatón comentó magistralmente en su libro áureo *Las doce virtudes del buen maestro*; por lo cual, el autor considera innecesario insistir de nuevo en ellas. No se resigna, sin embargo, a prescindir de bucear por su cuenta en el silencio, la humildad y la paciencia, en los que descubre —siempre a la luz del pensamiento lasaliano— valores pedagógicos que pasaron inadvertidos al primer comentarista. En apéndice se analizan la obediencia y la pobreza, por ser virtudes apostólicas en las que insiste La Salle con especial interés. Sólo el maestro que obra dentro del marco que le traza la obediencia puede alcanzar de Dios las gracias que necesita en su ministerio, tanto para sí propio como para mover la voluntad de sus discípulos hacia el bien. Si éstos son, además, pobres, como lo son los que frecuentan las escuelas lasalianas, la pobreza del maestro, que es al mismo tiempo humildad de corazón, le gana el afecto del niño, creando un clima de confianza y amor mutuos, lo que hace posible y fácil el acto educativo. Además, sólo la pobreza del apóstol, su testimonio personal, puede dar fuerza y convicción a sus palabras cuando, siguiendo la doctrina evangélica, ensalce las excelencias de la misma ante sus discípulos pobres, para moverlos a amarla y considerarse felices dentro de su indigencia.

Capítulo sumamente instructivo y muy nuevo es el dedicado a la formación intelectual del maestro. El hecho de que La Salle le prohíba el acceso a los «estudios» no quiere decir que le cierre el camino de la cultura, como tal vez han sostenido algunos historiadores sectarios. Tanto en el plano de la instrucción religiosa como en el de la meramente profana, el maestro ha de poseer perfectamente cuanto tiene que enseñar, y en la proporción en que deba enseñarlo. En cuanto maestro, y en esto La Salle está de acuerdo con ilustres pedagogos contemporáneos, no necesita más. Ahora bien, al mismo tiempo que les aleja de los «estudios» humanísticos tradicionales, La Salle le orienta al cultivo intenso de las humanidades modernas (lengua nacional y extranjeras, matemáticas, ciencias, historia, geografía, comercio y arquitectura), apenas cultivadas en su tiempo, y que alcanzaron extraordinario esplendor en los doce Internados lasalianos anteriores a la Revolución francesa.

La lectura y el estudio de la Guía de las escuelas, vademécum del maestro lasaliano, le forma, teóricamente, en la técnica pedagógica. Esta obra imprime marcado carácter social a la pedagogía de las escuelas cristianas, enseñando el modo de gobernar y dirigir clases nu-

merosas. Es ideal lasaliano impartir una sólida instrucción y educación básicas al mayor número. Para ello, y al escasear tanto las escuelas, hay que dar cabida en las existentes a numerosos alumnos. Sólo así se salva aquel principio social, aunque padezca algún menoscabo el desiderátum pedagógico de las clases reducidas: es preferible lo bueno para muchos que lo mejor para pocos.

El maestro completa prácticamente su formación técnica ya desde el noviciado o seminario, ejercitándose en las escuelas de aplicación anejas a ellos, bajo la dirección de maestros experimentados. Pero hay más. Puesto ya al frente de una clase, no queda solo, no se le abandona a su inspiración personal. Tiene continuamente a su lado, en la persona del formador de los maestros noveles, un mentor que le orienta eficazmente en todo momento. A él consagra La Salle la tercera parte de la Guía de las escuelas, y el autor de la obra que comentamos le dedica un interesante estudio, centrado en torno a su noción, misión y cualidades que debe poseer.

El ser del maestro nos introduce, como de la mano, en el obrar magistral. Este se apoya y parte del conocimiento de la realidad honda y total del educando, a quien La Salle presenta en su doble vertiente: la meramente natural y la sobrenatural. Por efecto de las maravillosas transformaciones que en él produce el bautismo, el niño goza la altísima dignidad de hijo de Dios, miembro de Jesucristo y templo vivo del Espíritu Santo. Pero no es éste el aspecto del educando en que quiere detenerse especialmente el autor, por no pertenecer propiamente a la índole de su trabajo. En cambio, hace terciar a La Salle en la secular contienda entablada en torno a posiciones tan extremas y heterodoxas como lo son el homunculismo lockiano y el infantilismo rusioniano. Para La Salle, ni el niño es un hombre en pequeño, un homúnculus, ni la infancia algo estático, sin conexión alguna con el adulto. El niño es un proceso en lenta ascensión hacia la madurez. De aquí que, en la dialéctica educativa, el educador debe asirse fuertemente a ambos eslabones extremos de la cadena: al *terminus a quo*, el niño, y al *terminus ad quem*, el hombre que se halla incoado en aquél. Sólo así salvará el peligro de «puerilizar» la educación, al no tener en cuenta al hombre que se está formando en el educando, o desorbitarla y esterilizarla al olvidar que educa a un niño con características peculiares que hay que respetar. Frente al binomio pesimismo luterano-jansenista y optimismo rusioniano, el maestro lasaliano debe optar por un sano y ortodoxo realismo moral, el cual ve en el niño, junto a las taras que en él ha depositado el

pecado original, una capacidad ilimitada para el bien. Al educador, ayudado de la gracia, compete actualizar esas potencialidades. La educación tiene mucho que decir y que hacer en la vida del educando. La Salle se muestra decidido partidario de un exultante optimismo pedagógico.

No basta, sin embargo, con que el maestro tenga del educando un conocimiento esencial, *in genere*. Ha de llegar al conocimiento existencial, individual, de todos y de cada uno de sus discípulos. La Guía de las escuelas le proporciona un medio fácil y eficaz para conseguirlo en los registros o catálogos, entre los que destaca por su especial interés y novedad el de las «buenas y malas cualidades». Así, «con La Salle ha empezado la sicología del niño a tener carácter técnico», siendo, al mismo tiempo, uno de los precursores más típicos de la pedagogía diferencial. Porque el conocimiento individual del educando sólo tiene valor y sentido en cuanto proyectado a su educación: hay que tratar a cada niño según su peculiar *modus essendi*. Y esto, tanto en el plano de la educación moral como en el de la intelectual. Lo último implica que el maestro, en sus exigencias, respete el coeficiente intelectual de cada uno, que se adapte al alumno medio de la clase, que utilice procedimientos intuitivos en la enseñanza. Existen, empero, dos casos en que se impone de modo especial la necesidad de conocimiento individual de los discípulos y de su subsiguiente tratamiento diferencial: al escoger los distintos «oficiales» que ayudan al maestro en el gobierno de la escuela, y, sobre todo, al aplicar la disciplina correctiva. Aquí, La Salle da muestras de extraordinaria sabiduría pedagógica, estableciendo una interesantísima tipología de escolares, y dictaminando el modo como el maestro ha de comportarse con cada tipo en el momento preciso de aplicar las correcciones.

Si el conocimiento del educando es el punto de partida de la educación, el impulso lo da el amor: sin amor del maestro al discípulo, no se da el acto educativo. Dicho amor tiene que venir aureolado de firmeza y de ternura; participar de las cualidades del amor paterno y materno. Ha de ser, pues, universal e imparcial; extenderse indistintamente a todos y a cada uno de los educandos, si no quiere degenerar en amor sexual. A él se oponen las preferencias y parcialidades, lo cual quiere decir que el sacrificio y la renuncia forman la base del amor pedagógico. No se opone, sin embargo, a tal imparcialidad el demostrar mayor interés por los discípulos pobres. Son éstos, por razón de su misma indigencia, los más acreedores al amor del maes-

tro. Pero hay que observar que en la literatura pedagógica lasaliana, si bien la expresión «pobres» se aplica primariamente a los carentes de bienes de fortuna, abarca también a los poco dotados de cualidades físicas, intelectuales o morales.

Si queremos buscar el fundamento del amor pedagógico en La Salle, hay que trascender el punto de vista meramente humano o filosófico. La fe dispone al maestro lasaliano a amar en sus discípulos, no ya a meros hombres, imperfectos, pero susceptibles de perfección ilimitada, sino al mismo Dios y al mismo Jesucristo. El amor pedagógico es, pues, en La Salle amor de caridad teológica. Esto le imprime carácter eminentemente sobrenatural y le pone al abrigo de las deformaciones, desviaciones y adulteraciones de que puede ser víctima cuando no trasciende el plano meramente natural.

Con todo, el amor pedagógico no puede confundirse con la «familiaridad». Esta, por definición, tiende a suprimir las distancias ontológicamente necesarias entre maestro y discípulos, cuyo desconocimiento suprimiría, en la práctica, la función educadora. Tampoco está reñido con la corrección; antes bien, la postula imperiosamente. «Si es cierto que el maestro debe hacerse amar antes que temer —dice un texto lasaliano—, no por eso dejará de reprender a los niños de sus defectos de malicia para impedir que se conviertan en hábitos.»

Junto con el pan del amor, el maestro debe impartir al discípulo el del ejemplo. En pocas cosas insiste tanto la pedagogía lasaliana como en la de la ejemplaridad magistral. Y es que, tratándose, sobre todo, de la educación religiosa y moral, el ejemplo del maestro es condición indispensable para que sus exhortaciones e instrucciones consigan eficacia educadora. El maestro, dirá en síntesis La Salle, tiene que ser antes que enseñar.

Corolario del amor es la entrega absoluta e incondicional del maestro al educando. Porque el amor pedagógico no puede reducirse a una actitud meramente teórica del maestro frente al niño. Tiene que encarnar en realidades concretas, florecer en obras. Es éste un tema austero que reviste caracteres de *leit motiv* a lo largo de la pedagogía magistral lasaliana. Tratándose del bien del discípulo, el maestro cristiano no puede arredrarse ni retroceder ante los mayores sacrificios. Tan lejos ha de ir en su celo y tan queridos han de serle los niños de cuya educación está encargado, le dirá La Salle, que esté dispuesto a sacrificar por ellos su propia vida. La entrega magistral supone, pues, sacrificio. Y la forma más típica de este sacrificio es la renuncia en el ministerio a cuanto no mire de algún modo o diga relación de al-

guna manera al bien del educando. Dicho de otro modo: la renuncia a las propias conveniencias del maestro, para atender sola y exclusivamente a los intereses del discípulo.

Y cuando el maestro se haya entregado y sacrificado así por el educando, no puede creer que ha realizado proezas heroicas: no ha hecho más que cumplir con su deber, dirá La Salle. En su profesión, no se pertenece; se debe a los discípulos. Ha de emplearse, pues, enteramente en provecho de ellos, como el siervo, que está obligado a emplearse todo en servicio de su señor.

Por donde La Salle nos lleva al descubrimiento de una nueva relación entre los extremos maestro-discípulo: la de siervo-señor. Con la particularidad de que también aquí el maestro es quien sirve, y el discípulo, el servido. Al fin y al cabo, esto no es más que pálido trasunto del comportamiento del Divino Maestro, quien, el primero, nos dio ejemplo de absoluta entrega magistral. La Salle ha llegado, por este camino, al descubrimiento del auténtico concepto de maestro cristiano.

Con esta luminosa perspectiva, termina su trabajo el autor, y cerramos nosotros nuestra exposición, más que comentario. Sólo hemos intentado despertar el apetito del lector, destacando algunas de las ideas que nos han parecido más representativas. Hacerlo con todas, hubiera sido imposible. No sólo por no permitirlo la extensión, necesariamente reducida, de estas páginas, sino por ser tal la riqueza histórica y doctrinal de la obra, que sólo puede apreciarse a través de una lectura atenta y reposada de la misma.

A los técnicos y especialistas dejamos la tarea de discutir ciertas afirmaciones, tanto históricas como doctrinales, del autor; nosotros hemos leído la obra con ánimo de aprovechar; y porque no ha resultado fallida nuestra esperanza, hemos querido con estas líneas animar a los lectores de SINITE a que se adentren con amor y seguridad en la asimilación de esta obra, que les descubrirá uno de los mayores catequistas de todos los tiempos.

H. Esteban BERNARDO, F.S.C.